

CAPÍTULO X.

El Interregno.

1688.

I. Sábese la fuga de Jacobo.—Gran agitación.—II. Reunión de Lores en la Casa Consistorial.—III. Tumultos en Londres.—IV. Saqueo de la Embajada Española.—V. Arresto de Jeffreys.—VI. La *Noche Irlandesa*.—VII. El Rey es detenido cerca de Sheerness.—VIII. Mandan los Lores que el Rey sea puesto en libertad.—IX. Perplejidad de Guillermo.—X. Arresto de Feversham.—Llegada de Jacobo á Londres.—XI. Consulta de Windsor.—XII. Ocupación de Whitehall por las tropas holandesas.—XIII. Comunícase á Jacobo el mensaje del Príncipe.—XIV. Sale Jacobo para Rochester.—XV. Llegada de Guillermo á Saint-James.—XVI. Aconsejanle apoderarse de la Corona por derecho de conquista.—XVII. Convoca Guillermo el Parlamento de Carlos II.—XVIII. Jacobo huye de Rochester.—XIX. Debates y resoluciones de los Lores.—XX. Debates y resoluciones de los Comunes citados por el Príncipe.—Nómbrase una Convención de los Estados del Reino.—Esfuerzos de Guillermo para restablecer el orden.—XXI. Su política tolerante.—XXII. Satisfacción de las potencias católicas.—Estado de la opinión en Francia.—XXIII. Recibimiento de la Reina de Inglaterra en Francia.—XXIV. Llegada de Jacobo á Saint-Germain.—XXV. Estado de la opinión en las Provincias Unidas.—XXVI. Elígense los miembros de la Convención.—XXVII. Asuntos de Escocia.—XXVIII. Estado de los partidos en Inglaterra.—XXIX. Plan de Sherlock.—XXX. Plan de Saneroff.—XXXI. Plan de Danby.—XXXII. Plan de los whigs.—XXXIII. Reúnese la Convención.—Jefes principales en la Cámara de los Comunes.—XXXIV. Elección de Presidente.—XXXV. Debate

acerca del estado de la nación.—XXXVI. La Convención declara el Trono vacante.—XXXVII. Enviase á los Lores la proposición.—XXXVIII. Discútese en la Cámara de los Lores el plan de regencia.—XXXIX. Cisma entre los whigs y el partido de Danby.—XL. Reunión en el palacio del Conde de Devonshire.—XLI. Discútese en la alta Cámara la cuestión de si el Trono está vacante.—XLII. Agitación en Londres.—XLIII. Carta de Jacobo á la Convención.—XLIV. Debates.—Negociaciones.—Carta de la Princesa de Orange á Danby.—XLV. La Princesa Ana otorga su asentimiento al plan de los whigs.—XLVI. Explica Guillermo sus miras.—XLVII. Conferencia de las dos Cámaras.—XLVIII. Propónense nuevas leyes para asegurar la libertad.—XLIX. Disputas y transacción.—L. La *Declaración de derechos*.—LI. Llegada de María.—LII. Proclamación de Guillermo y de María.—LIII. Carácter peculiar de la Revolución inglesa.

I.

SÁBESE LA FUGA DE JACOBO.—GRAN AGITACIÓN.

Northumberland cumplió puntualmente la orden que había recibido, y no abrió la puerta de la regia estancia hasta muy entrado el día. La antecámara estaba llena de cortesanos que habían venido á hacer su reverencia matinal, y de Lores que habían sido citados á Consejo. La noticia de la fuga de Jacobo pasó en un instante de las galerías de Palacio á las calles de la ciudad, y en toda la capital reinó la mayor agitación.

Fué un momento terrible. El Rey se había ido. El Príncipe no había llegado. No se había nombrado regencia, y el Gran Sello, indispensable para la administración de justicia, había desaparecido. Pronto llegó á saberse que Feversham, conforme recibió la orden del Rey, había desbandado sus fuerzas. ¿Qué respeto á la ley ó á la propiedad había de hallarse en-

tre soldados armados y reunidos, libres de las restricciones de la disciplina, y privados de los medios de subsistir? Por otra parte, el populacho de Londres había mostrado, desde hacía algunas semanas, extraordinariamente dispuesto á la turbulencia y á la rapiña. La urgencia de la crisis unió por algún tiempo á cuantos se interesaban algo en el mantenimiento del orden. Rochester hasta aquel día había seguido con firmeza la causa real. Mas actualmente vió que sólo había un medio de evitar el general desorden. «*Reunid vuestro regimiento de guardias*, dijo á Northumberland, *y declaraos por el Príncipe de Orange.*» El consejo fué seguido inmediatamente. Los principales oficiales del ejército, á la sazón en Londres, celebraron una reunión en Whitehall y resolvieron someterse á la autoridad de Guillermo, sosteniendo sus fuerzas reunidas hasta que se conociese la voluntad del Príncipe, y asistiendo al poder civil en el mantenimiento del orden (1).

II.

REUNIÓN DE LORES EN LA CASA CONSISTORIAL.

Los Lores se dirigieron á la Casa Consistorial, donde fueron recibidos con todo honor por los magistrados de la ciudad. En rigor, no les asistía más derecho, según la ley, que á otras personas cualesquiera, para asumir la administración del poder ejecutivo. Pero era necesario á la seguridad pública que hubiese un

(1) *Historia de la Deserción*; Mulgrave, *Reseña de la Revolución*; Eachard, *Historia de la Revolución*.

Gobierno provisional, y los ojos de todos se volvieron, naturalmente, á los magnates hereditarios del Reino. La extremidad del peligro hizo salir á Sancroft de su palacio. Ocupó la presidencia, y el nuevo Arzobispo de York, cinco Obispos y veintidos Lores temporales determinaron redactar, suscribir y publicar una declaración. En este documento manifestaban estar firmemente resueltos á mantener la religión y constitución del país, y que habían alimentado la esperanza de ver reparados todos los daños y restablecida la tranquilidad por el Parlamento poco ha convocado por el Rey, pero que esta esperanza se había desvanecido con su fuga. Habían, pues, resuelto unirse al Príncipe de Orange, á fin de reivindicar la libertad de la nación y asegurar los derechos de la Iglesia, de conceder justa libertad de conciencia á los disidentes, y de robustecer en todo el mundo la causa protestante. Estaban, también, dispuestos, hasta que llegase S. A., á asumir la responsabilidad que pudiera traer consigo el dar las órdenes convenientes para el mantenimiento del orden. Envióse inmediatamente una diputación encargada de presentar esta declaración al Príncipe y de informarle que se le esperaba en Londres con impaciencia (1).

Procedieron entonces los Lores á deliberar acerca de las medidas que debían adoptarse para prevenir los tumultos. Enviaron por los dos Secretarios de Estado. Middleton se negó á obedecer á la que consideraba autoridad usurpada; pero Preston, atónito por la fuga de su amo, y no sabiendo qué esperar ni á dónde volverse, obedeció la orden recibida. Envióse un mensaje á Skelton, que era gobernador de la Torre, mandándole presentarse en el Ayuntamiento.

(1) *Gaceta de Londres*, 13 de dic., 1688.

Vino y le dijeron que sus servicios no eran ya necesarios, y por tanto, que debía inmediatamente entregar las llaves. Sucedióle en su empleo lord Lucas. Al mismo tiempo enviaron los Lores una carta á Dartmouth mandándole suspender toda hostilidad contra la escuadra holandesa y licenciar á todos los oficiales católicos que se encontrasen á sus ordenes (1).

Merece especial mención la parte activa que en todos estos sucesos tomaron Sancroft y algunas otras personas que hasta aquel día se habían mantenido fieles al principio de la obediencia pasiva. Usurpar el mando de las fuerzas de mar y tierra del Estado, separar á los oficiales á quienes el Rey había confiado sus castillos y sus barcos, y prohibir á su Almirante presentar batalla al enemigo, equivalía seguramente á una rebelión. Y, sin embargo, algunos toríes honrados y entendidos de la escuela de Filmer creían poder hacer todas estas cosas sin incurrir en el delito de rebelión contra el Soberano. La distinción que establecían era, por lo menos, ingeniosa. El Gobierno, decían, es representación de Dios; y el Gobierno monárquico hereditario es la representación de Dios por excelencia. Mientras lo que el Rey mande sea legal, debemos obedecerle activamente. Cuando lo que manda es ilegal, debemos obedecerle de una manera pasiva. En ningún caso podríamos justificar el resistirle con la fuerza; pero si él consiente en resignar su cargo, no tiene ya ningún derecho sobre nosotros. Mientras nos gobierne, aunque gobierne mal, tenemos obligación de someternos, pero si se niega en absoluto á gobernarnos, no estamos obligados á quedar para siempre sin gobierno. Dios no manda la

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 259; Mulgrave, *Reseña de la Revolución*; Legge *í apers* en la Col. Mackintosh.

anarquía, ni ha de conarnos como un pecado que, cuando el Príncipe á quien á pesar de grandes provocaciones no hemos dejado nunca de honrar y obedecer, ha partido no sabemos á dónde sin dejar ningún representante, tomemos la única medida que puede evitar la completa disolución de la sociedad. Si nuestro Soberano hubiera permanecido entre nosotros, estaríamos prontos, con merecer él tan poco nuestro amor, á morir á sus plantas. Si al habernos abandonado hubiese nombrado regencia que nos gobernase en su nombre durante su ausencia, á ella hubiéramos acudido solamente en busca de dirección. Pero ha desaparecido sin proveer nada para la conservación del orden y la administración de justicia. Con él y su Gran Sello se ha desvanecido todo el mecanismo que permite castigar al asesino, decidir el derecho de propiedad, y distribuir entre los acreedores los restos de una bancarrota. Su último acto ha sido emancipar de la disciplina militar á millares de hombres armados, dejándoles en situación tal, que no les queda otro recurso sino entregarse al pillaje ó morir de hambre. Algunas horas tan sólo, y unos contra otros se levantarán en armas todos los ciudadanos. La vida, la hacienda, la honra estarán á merced de cualquier desalmado. Nos hallamos en este momento en aquel estado primitivo acerca del cual tanto han escrito los teóricos, y hemos llegado á tal situación, no por nuestra culpa, sino por voluntario abandono del que debía haber sido nuestro protector. Y su defección bien puede llamarse voluntaria, pues no peligraban su libertad ni su vida. Sus enemigos acababan de consentir en tratar con él sobre la base propuesta por él mismo, y habían ofrecido suspender inmediatamente toda hostilidad con condiciones que él mismo había calificado de liberales. En tales circunstancias

había abandonado su puesto. De nada nos retractamos. En nada somos inconsecuentes. Continuamos sosteniendo, sin modificación, nuestra antigua doctrina. Sostenemos todavía que la resistencia á los Magistrados es siempre criminal, pero también debemos decir que ya no hay Magistrado á quien hacer resistencia. El que lo era, después de haber abusado por mucho tiempo de sus poderes, ha terminado por resignarlos. El abuso no nos daba derecho á deponerlo; pero la abdicación nos da derecho á pensar en la mejor manera de reemplazarlo.

Tales eran los argumentos que llevaban al partido del Príncipe á muchos que antes se habían mantenido apartados de él. Nadie recordaba haber visto nunca mayor conformidad ni más entera concordia que la que se notaba entre todos los Ingleses inteligentes en esta ocasión, y nunca tampoco había sido la concordia más necesaria. No había ninguna autoridad legítima. Todas las malas pasiones que el Gobierno debe sujetar, y á las cuales el mejor Gobierno sólo puede sujetar de manera imperfecta, la avaricia, la licencia, la venganza, el odio de secta á secta, el odio de nación á nación, viéronse de repente libres de todo freno. En tales ocasiones, sucede siempre que el insecto humano que, descuidado por los Ministros de la religión y los Ministros del Estado, bárbaro en medio de la civilización, pagano en medio del cristianismo, vive en la más completa corrupción física y moral en los sótanos y desvanes de las grandes ciudades, adquiere de pronto terrible importancia.

III.

TUMULTOS EN LONDRES.

Y así sucedió en Londres. Cuando se acercaba la noche, que era precisamente de las más largas del año, de todas las guaridas del vicio, del jardín de osos de Hockley y del laberinto de tabernas y lupanares de los Friars, salían millares de ladrones y bandidos, asesinos y estafadores. Uníanse á éstos multitud de ociosos aprendices, á quienes sólo guiaba la afición al tumulto. Hasta hombres de costumbres pacíficas y honradas, dominados de religiosa animosidad, se reunían con la hez y escoria de la población; porque el grito de ¡abajo el papismo! el cual más de una vez ha puesto en peligro la existencia de Londres, era señal de ultraje y de rapiña. Primero se desencadenó la canalla contra los lugares destinados al culto católico. Los edificios fueron demolidos, y los bancos, púlpitos, confesonarios y breviarios, reunidos en montón y entregados á las llamas; una montaña de libros y muebles ardía en el recinto del convento de Clerkenwell. En Lincoln's Inn Fields otra pila fué encendida frente á las ruinas del convento Franciscano. La capilla de Lime Street y la de Bucklersbury fueron derribadas. Los cuadros, imágenes y crucifijos fueron paseados en triunfo por las calles en medio de antorchas arrancadas de los altares. Notábase principalmente en la procesión las espadas y garrotes, en cuyas puntas la multitud había ensartado naranjas. La Imprenta Real, de donde habían salido en los tres años anteriores innumerables tratados en defensa de la supremacía del

Papa, del culto de las imágenes y los votos monásticos fué, valiéndonos de una metáfora vulgar que entonces por vez primera se puso en práctica, completamente destripada. La inmensa provisión de papel, inmaculada en su mayor parte, dió materiales para una inmensa hoguera. La furia de la multitud, apartándose de los monasterios, templos y oficinas públicas, se volvió contra las casas particulares, muchas de las cuales fueron saqueadas y destruidas; pero la mezquindad del botín fué triste desengaño para los asaltantes, y pronto cundió el rumor de que los objetos más valiosos de los papistas habían sido colocados bajo la custodia de los Embajadores extranjeros. Nada significaba á los ojos del ignorante y salvaje populacho el derecho internacional y el riesgo de traer sobre su patria la justa venganza de toda Europa. Dirigiéronse, pues, á las casas de los Embajadores. Reunióse una gran multitud frente á la de Barillon, en Saint-James's Square. El Embajador francés, sin embargo, salió mejor de lo que nadie hubiera esperado, pues si bien el Gobierno que representaba era generalmente aborrecido, su liberalidad y la exactitud con que pagaba todas sus cuentas le habían hecho especialmente popular. Además había tenido la precaución de pedir una guardia de soldados, y como varias personas de cuenta hubiesen hecho lo mismo, había llegado á reunirse en la plaza fuerza considerable. Así, pues, una vez satisfechos los alborotadores de que en la Embajada francesa no había armas ni sacerdotes ocultos, se fueron sin molestar más á Barillon. El Enviado veneciano estaba también protegido por un destacamento de tropas; pero las casas ocupadas por los Ministros del Elector Palatino y el Gran Duque de Toscana fueron destruidas. El Ministro toscano pudo, sin embargo, salvar un precioso

cofre que contenía nueve tomos de memorias, escritos de puño y letra de Jacobo. Llegaron á Francia con felicidad estos volúmenes, y después del trascurso de más de un siglo, perecieron allí en el naufragio de una revolución mucho más terrible que aquella de que habían escapado. Pero aun se conservan algunos fragmentos, y aunque lastimosamente mutilados y llenos de pueriles reflexiones, bien merecen atento estudio.

IV.

SAQUEO DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA.

Los ricos ornamentos de la Capilla Real habían sido depositados en Wild House, cerca de Lincoln's Inn Fields, residencia del Embajador español Ronquillo, el cual, seguro de que así él como su corte no habían ofendido á la nación inglesa, no juzgó necesario pedir guardia; pero no estaba de humor la multitud para hacer sutiles distinciones. Por mucho tiempo el nombre de España iba asociado en la mente popular con la Inquisición y la *Invencible*, con las crueldades de María y las conjuraciones contra Isabel. Además, habíase Ronquillo creado muchos enemigos entre el pueblo llano, aprovechándose del privilegio de Embajador para no tener que pagar sus deudas. Su casa fué, pues, saqueada sin piedad, y una hermosa biblioteca reunida por él pereció entre las llamas. Su único consuelo fué que la hostia de su capilla pudo librarse de sufrir la misma suerte (1).

(1) *Gaceta de Londres*, 13 de dic., 1688; Barillon, dic. 14 (24); Citters, en igual fecha; *Diario de Luttrell*; Clarke, *Vida de Jacobo*,

En la mañana del 12 de diciembre presentaba la capital desolador aspecto. En muchos sitios parecía haber sido tomada por asalto. Los Lores se reunieron en Whitehall y trataron de restablecer la tranquilidad. Llamóse la milicia á las armas, y se ordenó que un cuerpo de caballería estuviese pronto á dispersar los grupos tumultuosos. Hízose cuanto permitían las circunstancias por dar satisfacción de los groseros insultos inferidos á los Gobiernos extranjeros. Prometiéndose una recompensa al que descubriese el paradero de los objetos robados en Wild House; y Ronquillo, á quien la plebe no dejara ni un lecho ni un plato, fué espléndidamente alojado en el desierto palacio de los Reyes de Inglaterra. Servíasele suntuosa mesa, y los soldados de la guardia personal del Rey asistían en su antecámara con el mismo ceremonial que si fuera el Soberano. Estas pruebas de respeto aplacaron el quisquilloso orgullo de la corte de España y evitaron todo peligro de ruptura (1).

t. II, 256, Mem. orig.; *Correspondencia de Ellis*, 13 de dic.; *Consulta del Consejo de Estado de España*, enero, 19 (29), 1689. Parece que Ronquillo se quejó amargamente de sus pérdidas al Gobierno español; «sirviéndole sólo de consuelo el haber tenido prevención de poder consumir el Santísimo.»

(1) *Gaceta de Londres*, dic. 13, 1688; *Diario de Luttrell*; *Mulgrave, Reseña de la Revolución*; *Consulta del Consejo de Estado de España*, enero, 19 (29) 1689. Se habló algo de indemnización, pero el Consejo español la rechazó con desprecio. «Habiendo sido este hecho por un furor de pueblo, sin consentimiento del Gobierno, y antes contra su voluntad, como lo ha mostrado la satisfacción que le han dado y le han prometido, parece que no hay juicio humano que pueda aconsejar que se pase á semejante remedio.»

ARRESTO DE JEFFREYS.

A despecho, sin embargo, de las oportunas medidas del Gobierno provisional, hacíase de hora en hora más formidable la agitación. Contribuyó á aumentarla un suceso que, aun después de tanto tiempo, apenas puede relatarse sin experimentar un sentimiento de vengativo placer. Poco tiempo antes, un prestamista que vivía en Wapping, cuyo oficio era proporcionar dinero á muy crecido interés á los marinos que allí habitan, había prestado una suma sobre un cargamento. El deudor acudió á los tribunales implorando se le aliviase de las gravosas condiciones á que él mismo se había comprometido, y la cuestión vino á caer en manos de Jeffreyes. El abogado del solicitante sólo dijo, en apoyo de su defendido, que el usurero era *equilibrista*. Nada más era preciso para que súbitamente montase en cólera el Canciller. «*Un equilibrista! ¿Dónde está? Dejádmele ver. He oído hablar de semejante monstruo. ¿Cómo es?*» El infortunado acreedor se vió forzado á comparecer. El Canciller le miró con encendidos ojos, donde ardía la furia. Descargó sobre él una tormenta de insultos, y lo despidió medio muerto de terror. «*Mientras viva, dijo el pobre hombre al salir con paso vacilante del Tribunal, nunca olvidaré aquel rostro terrible.*» Y al cabo era llegado el día de la venganza. El *equilibrista* estaba paseando en Wapping, cuando vió asomado á la ventana de una cervecería un rostro muy conocido. No podía equivocarse. Cierta que tenía las cejas afeitadas, el traje acusaba un

marinero cualquiera de Newcastle, y el rostro estaba ennegrecido por el carbón; pero no había medio de confundir la salvaje mirada y la feroz boca de Jeffreyes. El prestamista dió la voz de alarma. En un momento la casa se vió rodeada de centenares de individuos que blandían garrotes, y llovían maldiciones sobre el Canciller. Una compañía de milicianos salvó la vida al fugitivo, el cual fué llevado á presencia del Lord Mayor. Era éste hombre sencillo, que había pasado toda su vida en la oscuridad y que estaba aterrorizado al encontrarse ahora de actor importante en una gran revolución. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas y la crítica situación por que atravesaba la ciudad colocada bajo su custodia, habían trastornado su mente y afectado su salud. Cuando el gran señor, cuyo ceño pocos días antes hacía temblar á todo el Reino, fué traído á la sala de justicia, ennegrecido por el carbón, medio muerto de espanto y seguido de una multitud furiosa, la agitación del infeliz Magistrado llegó á su colmo. Cayó al suelo, víctima de un accidente, y fué llevado al lecho, de donde no volvió á levantarse. En tanto, la multitud reunida en la calle hacíase cada vez más numerosa y por momentos crecía en furia. Jeffreyes solicitó ser enviado á una prisión, para lo cual se alcanzó una orden de los Lores reunidos en Whitehall, siendo conducido á la Torre en un carruaje. Dos regimientos de milicia recibieron orden de escoltarle, y con gran trabajo pudieron dar cumplimiento á la orden recibida. Viéronse repetidas veces obligados á formar como para rechazar una carga de caballería, presentando á la multitud una selva de picas. El populacho, que veía frustrados sus planes de venganza, siguió el coche, lanzando aullidos de rabia, blandiendo garrotes y enseñando cordeles al prisionero hasta la puerta de la

Torre. El infeliz era, en tanto, víctima del más profundo terror. Retorcíase las manos; lanzaba salvajes miradas á la multitud, ya por una ventanilla, ya por la otra, y se le oía gritar aun por encima del tumulto: «¡No los dejéis acercar, caballeros! ¡Por amor de Dios, no permitáis que se acerquen!» Por fin, después de un sufrimiento mucho más terrible que la misma muerte, fué alojado en la fortaleza donde algunas de sus más ilustres víctimas habían pasado sus últimos días y donde había de terminar su vida en medio de indescriptible ignominia y horror (1).

Durante todo este tiempo se-buscaban activamente los sacerdotes católicos. Muchos fueron arrestados, y dos Obispos, Ellis y Leyburn, fueron enviados á Newgate. El Nuncio, quien, así por su cargo espiritual como político, no esperaba ser respetado por la multitud, escapó disfrazado de lacayo en el séquito del Ministro del Duque de Saboya (2).

VI.

LA NOCHE IRLANDESA.

Terminó entonces otro día de agitación y espanto, y fué seguido de la noche más extraña y terrible que jamás había visto Inglaterra. A primera hora de la noche la multitud atacó un palacio construido algu-

(1) North, *Vida de Guildford*, 220; *Elegía* de Jeffreys; *Diario de Luttrell*; Oldmixon, 762. Oldmixon estaba entre la multitud, y no dudo que figuraría entre los más furiosos. Refiere bien lo sucedido. Véase también la *Correspondencia de Ellis*; Burnet, I, 797, y la nota de Onslow.

(2) Adda, dic. 9 (19); Citters, dic. 18 (28).

nos meses antes por lord Powis, palacio que durante el reinado de Jorge II fué residencia del Duque de Newcastle y que aun llama la atención en el ángulo Noroeste de Lincolns's Inn Fields. Enviáronse allí algunas tropas; se dispersó la multitud; parecía haberse restablecido la tranquilidad, y los ciudadanos se disponían á entregarse tranquilamente al reposo. Precisamente entonces empezó á correr un rumor que pronto se tornó en temeroso alarido, que en una hora llegó de Piccadilly á Whitechapel, y se extendió por todas las calles y plazas de la capital. Decíase que los Irlandeses, á quienes Feversham diera suelta, marchaban hacia Londres, matando á su paso á cuantos encontraban, hombres, mujeres y niños. A la una de la mañana los tambores de la Milicia tocaban generala. Véase por do quiera mujeres aterrorizadas, que lloraban y se retorcían las manos, mientras sus padres y maridos se disponían á la pelea. Antes de las dos ofrecía la capital aspecto tan bélico que hubiera podido inspirar temor á un enemigo real, si en efecto se hubiera presentado. Todas las ventanas estaban iluminadas con velas, y en todos los sitios públicos se veía como en pleno día. En las grandes avenidas se habían levantado barricadas. Mas de veinte mil hombres, armados de picas y mosquetes, guarnecieron las calles. El tardío amanecer del solsticio de invierno encontró á la ciudad entera todavía en armas. Por espacio de muchos años conservaron los Londonenses vivo recuerdo de la que llamaban *noche irlandesa*. Cuando se supo que la alarma había sido inmotivada, tratóse de descubrir el origen del rumor que había producido tan gran agitación. Resultó que algunas personas, con traje y apariencia de rústicos recién llegados del campo, habían esparcido primero la noticia en los arrabales, un poco antes de media noche; pero

de dónde venían estos hombres y quién los mandaba continuó envuelto en el misterio. Y pronto llegaron noticias de diferentes distritos que extraviaron aún más el espíritu público. El pánico no se había limitado solo á Londres. Al mismo tiempo y con maligna ingenuidad, en multitud de lugares, separados por grandes distancias, había corrido la voz de que los dispersos soldados irlandeses venían á dar muerte á los protestantes. Gran número de cartas hábilmente redactadas para aterrorizar al pueblo ignorante, habían sido enviadas por diligencias, carros y por el correo á varias partes de Inglaterra. Todas estas cartas llegaron, casi al mismo tiempo, á su destino. En cien ciudades á la vez creía firmemente el populacho que muy pronto iba á llegar una multitud de bárbaros armados, dispuestos á perpetrar crímenes tan horribles como los que habían deshonrado la rebelión de Ulster. Ningún protestante encontraría merced. Los hijos serían obligados, por la tortura, á asesinar á sus padres. Los infantes serían paseados en las puntas de las picas ó arrojados entre las humeantes ruinas de las que, no ha mucho, eran sus felices moradas. Reuniéronse grandes multitudes, armándose cada uno como podía. En algunas ciudades el pueblo empezó á derribar puentes y á levantar barricadas; mas pronto hubo de cesar la excitación. En muchos distritos, cuantos de tal modo se habían dejado engañar, supieron, con placer no exento de vergüenza, que no había un solo soldado papista á siete jornadas de distancia. Cierta que hubo sitios donde se presentaron algunas bandas errantes de Irlandeses pidiendo víveres; mas no ha de llamárseles criminales porque no se decidieran á morir de hambre, y no hay ningún testimonio con el cual pueda probarse que inmotivadamente cometieran ningún atropello. La verdad

es que no eran, ni con mucho, tan numerosos como comúnmente se suponía, y aun aumentaba su temor el verse abandonados repentinamente, sin caudillos ni provisiones, en medio de una población poderosa que los miraba con los mismos sentimientos que suele inspirar una banda de lobos. De todos los súbditos de Jacobo, estos infortunados, miembros de su Iglesia y defensores de su trono, tenían más razón que otro alguno para execrarle (1).

Es honroso para el carácter inglés que, no obstante la aversión que inspiraban entonces la doctrina católica y la raza irlandesa, á pesar de la anarquía producida por la fuga de Jacobo, y no obstante las arteras maquinaciones empleadas para inducir la multitud á mostrarse cruel, no se haya perpetrado en esta ocasión ningún crimen atroz. Cierta que riqueza considerable fué destruída ó robada. Las casas de muchos caballeros católicos fueron atacadas, devastados los jardines, robados y muertos los venados. Algunas venerables muestras de la arquitectura doméstica de la Edad Media conservaron hasta nuestros días huellas de la popular violencia. En muchos lugares impedían el tránsito por los caminos bandas de policía á quien sólo su celo había dado aquel cargo, y que detenían á todos los viajeros hasta demostrar plenamente no seguir la religión católica. Infestaba el Támesis una multitud de piratas que, so pretexto de apoderarse de las armas ó de los delincuentes, registraban cuantos botes cruzaban el río. Los que no se granjeaban las simpatías del vulgo eran insultados y perseguidos. Muchos que no se hallaban en igual

(1) Citters, dic. 14 (24), 1688; *Diario de Luttrell*; *Correspondencia de Ellis*; Oldmixon, 761; Speke, *Historia secreta de la Revolución*; Clarke, *Vida de Jacobo*, II, 257; Eachard, *Historia de la Revolución*; *Historia de la Deserción*.

caso se consideraban felices con tal de rescatar sus personas y haciendas, mediante el pago de algunas guineas á los celosos protestantes que sin autoridad legal habían asumido el oficio de investigadores. Pero en medio de toda esta confusión, que duró varios días y se extendió á muchos condados, ni un solo católico perdió la vida. El populacho no se mostró dispuesto á llegar al derramamiento de sangre, á excepción del solo caso de Jeffreys, y el odio que inspiraba aquel malvado, más parece sentimiento humanitario que muestra de crueldad (1).

Muchos años después afirmaba Hugo Speke que la *noche irlandesa* era obra suya; que él había mandado los rústicos que llevaron á Londres el sobresalto, y que suyas eran también las cartas que esparcieron la alarma por todo el país. No puede decirse, en absoluto, que su aserción sea infundada; mas no se apoya en otro testimonio que su palabra, y él era muy capaz, no sólo de cometer tal villanía, sino también de jactarse falsamente de haberla cometido (2).

Guillermo era esperado en Londres con impaciencia, pues no se dudaba que su energía y habilidad restablecerían muy pronto la seguridad y el orden. Hubo, no obstante, alguna dilación de que en justicia no puede acusarse al Príncipe. Era al principio su intención continuar de Hungerford á Oxford, donde estaba seguro de encontrar recibimiento honroso y lleno de afecto; pero la llegada de la diputación de Londres le hizo cambiar de propósito, poniéndose en marcha apresuradamente para la capital. En el camino supo que Feversham, en cumplimiento de las órdenes del Rey, había licenciado el ejército real, y

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 258.

(2) *Historia secreta de la Revolución*.

que millares de soldados, libres de todo freno y privados de lo más necesario, se habían esparcido por los condados que atravesaba el camino de Londres. Era, pues, imposible que Guillermo continuase escoltado tan sólo por un pequeño cuerpo de tropas, sin exponer á gran peligro no sólo su persona, de la que no acostumbraba á mostrarse muy solícito, sino también los grandes intereses confiados á su cuidado. Era necesario que no se adelantase á sus tropas, y las tropas no podían entonces avanzar sino con gran lentitud por las carreteras de Inglaterra, por hallarse en el rigor del invierno. Hiciéronle, en esta ocasión, las circunstancias abandonar por un momento su flema habitual. «*Conmigo no se juega de este modo*, exclamó con acritud, *y yo le aseguro á lord Feversham que se ha de arrepentir.*» Tomáronse prontas y juiciosas medidas para remediar los males causados por Jacobo. Churchill y Grafton fueron los encargados de reunir el ejército disperso y someterlo de nuevo á la disciplina. Invitóse á los soldados ingleses á volver al servicio, y á los irlandeses se ordenó entregar las armas, so pena de ser tratados como bandidos, asegurándose al mismo tiempo que, con tal de someterse pacíficamente, se les proporcionaría lo necesario para atender á la subsistencia (1).

No encontraron oposición las órdenes del Príncipe, excepto entre los soldados irlandeses que habían estado de guarnición en Tilbury. Uno de estos soldados disparó un pistoletazo á Grafton. No salió el tiro, y el asesino fué muerto de un balazo, en el acto, por un Inglés. Unos doscientos de estos infortunados extranjeros hicieron una valerosa tentativa para regresar á

(1) *Diario de Clarendon*, dic. 13, 1688; Citters, dic. 14, (24); Eachard, *Historia de la Revolución*.

su patria. Se apoderaron de un navío de la carrera de la India que con un rico cargamento acababa de llegar al Támesis, y trataron, por medio de la fuerza, de procurarse pilotos en Gravesend. No pudieron, sin embargo, encontrar piloto, viéndose precisados á entregarse á la propia habilidad en la navegación. Muy pronto embarrancaron el buque, y después de alguna resistencia tuvieron que deponer las armas (1).

Cinco semanas llevaba ahora Guillermo en territorio inglés, y en todo aquel tiempo no le había abandonado la fortuna. Había desplegado toda su prudencia y energía, que, sin embargo, no habían hecho tanto por su causa, como la locura y pusilanimidad de sus enemigos. Pero ahora, en el momento en que parecía que sus planes iban á ser coronados por el éxito más completo, vino á desbaratarlos uno de aquellos extraños incidentes que tan á menudo hacen fracasar las más ingeniosas combinaciones de la humana previsión.

VII.

EL REY ES DETENIDO CERCA DE SHEERNESS.

El 13 de diciembre, por la mañana, el pueblo de Londres, aun no bien repuesto de la agitación de la noche irlandesa, fué sorprendido por el rumor de que el Rey había sido detenido en su fuga y se encontraba todavía en la Isla. Cobró fuerza la noticia durante el día, y tuvo plena confirmación antes de la noche.

(1) Citters, dic. 14 (24), 1688; *Diario de Luttrell*.

Jacobo había viajado, mudando caballos, siguiendo la orilla meridional del Támesis; y el 12 por la mañana había llegado á Emley Ferry, cerca de la isla de Sheppey. Allí le aguardaba el bajel que debía conducirle. Embarcóse inmediatamente, pero refrescó el viento, y el patrón no se aventuró á hacerse á la mar sin añadir algún lastre. Esta operación hizo perder una marea, y era ya casi media noche cuando la embarcación aun empezaba á flotar. Ya entonces se habían extendido por las márgenes del Támesis, sembrando por todas partes confusión y desorden, las nuevas de que el Rey había desaparecido, que el país estaba sin Gobierno y que en Londres imperaban el tumulto y la anarquía. Los rudos pescadores de Kent contemplaban el barco con recelo y codicia al mismo tiempo. Murmurábase que habían embarcado precipitadamente algunos individuos vestidos como caballeros. Tal vez eran jesuitas, tal vez era gente rica: cincuenta ó sesenta bateleros, movidos al mismo tiempo de su odio al papismo y de su amor al pillaje, asaltaron el barco precisamente cuando se disponía á hacerse á la vela. Díjose á los pasajeros que tenían que ir á tierra, donde les examinaría un magistrado. La fisonomía del Rey despertó las más vivas sospechas. «*Es el P. Petre, exclamó uno de aquellos malandrines; lo conozco en lo saliente que tiene las mandíbulas.—¡A registrar al viejo jesuita de afilado rostro!*» Tal fué bien pronto la voz general. El Rey se vió sujeto á rudos tratamientos, y tuvo que dejarse registrar de aquella gente. Quitáronle el dinero y el reloj. Llevaba también el anillo de la coronación y otras joyas de gran valor, que, sin embargo, no atraieron la codicia de los ladrones, cuya ignorancia llegaba hasta tomar por pedazos de vidrio los diamantes del Rey.

Por fin los prisioneros fueron llevados á tierra y